Sede Apostólica
Santo Padre
Francisco

Homilía

Jornada Mundial de las Cofradías
y de la Piedad Popular 2013

Jornada Mundial de las Cofradías y de la Piedad Popular 2013

5 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, habéis tenido valor para venir con esta lluvia... El Señor os lo pague.

En el camino del Año de la fe, me alegra celebrar esta eucaristía dedicada de manera especial a las hermandades, una realidad tradicional en la Iglesia que ha vivido en los últimos tiempos una renovación y un redescubrimiento. Os saludo con afecto a todos, en especial a las hermandades que han venido de diversas partes del mundo. Gracias por vuestra presencia y vuestro testimonio.

1. Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de los sermones de despedida de Jesús, que el evangelista Juan nos ha dejado en el contexto de la Última Cena. Jesús confía a los Apóstoles sus últimas recomendaciones antes de dejarles, como un testamento espiritual. El texto de hoy insiste en que la fe cristiana está centrada por completo en la relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Quien ama al Señor Jesús acoge en sí a Él y al Padre, y gracias al Espíritu Santo acoge en su corazón y en su propia vida el Evangelio. Ahí se indica el centro en el que todo debe iniciar, y al que todo debe conducir: amar a Dios, ser discípulos de Cristo viviendo el Evangelio. Dirigiéndose a vosotros, Benedicto XVI usó esta palabra: ”evangelicidad”. Queridas hermandades: la piedad popular, de la que sois una manifestación importante, es un tesoro que tiene la Iglesia, y que los obispos latinoamericanos han definido de manera significativa como una espiritualidad, una mística, que es un ”espacio de encuentro con Jesucristo”. Acudid siempre a Cristo, fuente inagotable; reforzad vuestra fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, y la liturgia. A lo largo de los siglos, las hermandades han sido fragua de santidad de muchos que han vivido con sencillez una relación intensa con el Señor. Caminad con decisión hacia la santidad; no os conforméis con una vida cristiana mediocre, y que vuestra pertenencia sea un estímulo, ante todo para vosotros, para amar más a Jesucristo.

2. El pasaje de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado también nos habla de lo que es esencial. En la Iglesia naciente, inmediatamente fue necesario discernir lo que era esencial para ser cristianos, para seguir a Cristo, y lo que no lo era. Los Apóstoles y los ancianos tuvieron una importante reunión en Jerusalén, un primer ”concilio” sobre este tema, a causa de los problemas que habían surgido después de que el Evangelio hubiera sido predicado a los gentiles, a los no judíos. Fue una ocasión providencial para comprender mejor que lo esencial es creer en Jesucristo, muerto y resucitado por nuestros pecados, y amarnos unos a otros como Él nos ha amado. Pero notad cómo las dificultades no se superaron fuera, sino dentro de la Iglesia. Y aquí entra un segundo elemento que quisiera recordaros, como hizo Benedicto XVI: la ”eclesialidad”. La piedad popular es una senda que lleva a lo esencial si se vive en la Iglesia, en comunión profunda con vuestros pastores. Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia os quiere. Sed una presencia activa en la comunidad, como células vivas, como piedras vivas. Los obispos latinoamericanos dijeron que la piedad popular, de la que sois una expresión, es «*una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia*» (*Documento de Aparecida*, 264). ¡Qué hermoso! Una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia. Amad a la Iglesia; dejaos guiar por ella. En las parroquias, en las diócesis, sed un verdadero pulmón de fe y de vida cristiana; sed aire fresco. Veo en esta plaza una gran variedad, antes de paraguas y ahora de colores y de signos. Así es la Iglesia: una gran riqueza y variedad de expresiones en las que todo se reconduce a la unidad; la variedad es reconducida a la unidad, y la unidad es encuentro con Cristo.

3. Quisiera añadir una tercera palabra que os debe caracterizar: ”misionaridad”. Tenéis una misión específica e importante, que es mantener viva la relación entre la fe y las culturas de los pueblos a los que pertenecéis, y lo hacéis a través de la piedad popular. Cuando, por ejemplo, lleváis en procesión el crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su pasión, muerte y resurrección, que nos han redimido; e indicáis, primero a vosotros mismos y también a la comunidad, que es necesario seguir a Cristo en el camino concreto de la vida para que nos transforme. Del mismo modo, cuando manifestáis vuestra profunda devoción a la Virgen María, señaláis el más alto logro de la existencia cristiana; señaláis a aquella que por su fe y su obediencia a la voluntad de Dios, así como por la meditación de las palabras y de las obras de Jesús, es la discípula perfecta del Señor (cf. *Lumen gentium*, 53).

Esta fe, que nace de la escucha de la Palabra de Dios, vosotros la manifestáis en formas que incluyen las sensaciones, los afectos, los símbolos de las diferentes culturas... Y, haciéndolo así, ayudáis a transmitirla a la gente, y especialmente a los sencillos, a los que Jesús llama en el Evangelio ”los pequeños”. En efecto, «*el caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador*» (*Documento de Aparecida*, 264). Cuando vais a los santuarios, cuando lleváis a la familia, a vuestros hijos, hacéis una verdadera obra evangelizadora. Es necesario seguir por este camino: sed también vosotros auténticos evangelizadores. Que vuestras iniciativas sean ”puentes”, senderos para llevar a Cristo y para caminar con Él. Y, con este espíritu, estad siempre atentos a la caridad. Cada cristiano y cada comunidad es misionero en la medida en que lleva y vive el Evangelio, y da testimonio del amor de Dios por todos, especialmente por quienes se encuentran en dificultad. Sed misioneros del amor y de la ternura de Dios; sed misioneros de la misericordia de Dios, que nos perdona siempre, nos espera siempre y nos ama tanto.

Autenticidad evangélica, eclesialidad, ardor misionero. Tres aspectos, no los olvidéis. Pidamos al Señor que oriente siempre nuestra mente y nuestro corazón hacia Él, como piedras vivas de la Iglesia, para que todas nuestras actividades, toda nuestra vida cristiana, sean un testimonio luminoso de su misericordia y de su amor. Así caminaremos hacia la meta de nuestra peregrinación terrena, hacia ese santuario tan hermoso: la Jerusalén del cielo. Allí ya no hay ningún templo; Dios mismo y el Cordero son su templo, y el sol y la luna ceden su puesto a la gloria del Altísimo. Que así sea.